

puertas del bello templo que ha construido, los humildes y rústicos festones de este prólogo.

México, Abril 28 de 1885.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

INTRODUCCION.

I

Esta es la selva de la edad primera.
mirad los viejos pinos rumorosos
agitando la verde cabellera
que á la hora del crepúsculo, musgosos,
y entre la sombra envueltos, aparecen,
cuando los vientos su ramaje mecen,
ya como ancianos druidas que se quejan
con profética voz, ya como bardos
que sobre el ancho y dilatado pecho
la larga barba descansando dejan.
Oid del mar, que su furor esconde
en sus antros de rocas, el rugido,
y la voz con que triste le responde
de los bosques lejanos, el gemido.

II

Esta es la elva de la edad primera.
 ¿Más dónde están los tiernos corazones
 que, gozando de alegre primavera,
 unísonos y amantes palpitaron
 como el corzo que salta temeroso
 cuando en el bosque al cazador escucha,
 siempre á su voz alerta y receloso?
 ¿Dónde los techos de las pobres chozas
 el hogar de los buenos labradores
 cuyas vidas felices y dichosas,
 ajenas al dolor, se deslizaron
 cual las aguas del tímido arroyuelo
 que á la par que las sombras de la tierra
 copia la imagen del azul del cielo?
 ¡Vastos los campos son y dilatados,
 más de ellos para siempre abandonados!
 Como el polvo y las hojas con que eubre
 los tristes campos destructor otoño,
 que los vientos de Octubre
 remueven, barren y hasta el mar alejan
 y ni una huella por los campos dejan,
 menos su tradición, en el olvido
 todo fué para siempre sumergido.

III

Vosotros los que creéis en el afecto
 que tierno sufre y que paciente espera,
 vosotros los que creéis que persevera,
 si arde abrasado por ardiente llama
 el corazón de la mujer cuando ama,
 la tradición oid que rumorosos
 cantan los pinos de la Acadia selva;
 escuchad y guardad en la memoria
 de un casto amor la lamentable historia.
